

do como un lamento, las palabras sueltas y horribles de los sepultureros que concertaban en voz baja un robo sacrílego... No sé; en mi memoria no ha quedado, lo mismo de esta escena fantástica de desolación, que de la otra escena de alegría, más que un recuerdo confuso, imposible de reproducir. Lo que me parece escuchar tal como lo escuché entonces, es este cantar que entonó una voz plañidera, turbando de repente el silencio de aquellos lugares:

*En el carro de los muertos  
ha pasado por aquí,  
llevaba una mano fuera,  
por ella la conocí.*

Era el pobre muchacho, que estaba encerrado en una de las habitaciones de la venta, donde pasaba los días contemplando inmóvil el retrato de su amante sin pronunciar una palabra, sin comer apenas, sin llorar, sin que se abriesen sus labios más que para cantar esa copla tan sencilla y tan tierna, que encierra un poema de dolor que yo aprendí a descifrar entonces.

## UN DRAMA

(HOJAS ARRANCADAS DE UN LIBRO DE MEMORIAS)

*El mayor monstruo, los celos.*  
CALDERÓN.

### ESCENA PRIMERA

El mar, Venecia al fondo. JACOBO y RAFAEL en una góndola.



JACOBO. ¿Te incomoda la herida?

Rafael. No..., no es nada..., un rasguño: al caer me tiró un último golpe, pero ya sin fuerza... ¿Y él?

Jacobo. Sus padrinos lo llevan en una góndola; no sé adónde, tal vez a su casa.

Rafael. ¿Se quejaba al transportarle a la góndola?

Jacobo. No.

Rafael. Habrá muerto.

Jacobo. O estaría desmayado.

Rafael. Si ha muerto, la venganza de su padre será terrible.

Jacobo. De todos modos, es preciso que salgas



de Venecia antes que llegue el día, y de Italia en cuanto encuentres ocasión.

*Rafael.* ¡Antes que llegue el día!... El día clareará dentro de una hora.

*Jacobo.* Por eso creo una locura lo que haces...

*Rafael.* ¡Una locura! Por ella he matado a un hombre, al que sólo por ella odiaba...; por ella he puesto en peligro la existencia de nuestros hermanos, los afiliados para la grande obra...; por ella dejo a mi madre anciana y sola, expuesta a la ira de mis enemigos, y pierdo acaso para siempre mi hogar y mi patria, ¿y quieres que la abandone sin decirle adiós?

*Jacobo.* Como no hay nada más inútil que los consejos que no han de aprovecharse, no te respondo nada para combatir tu idea; pero yo la sigo creyendo una locura o una temeridad, que viene a ser la misma cosa.

*Rafael.* Levanta los remos...; ya hemos llegado. *(Rafael salta a tierra.)* ¿Me esperarás aquí?

*Jacobo.* Aquí te espero... ¡Ah!..., escucha..., un instante... Cuando veas que apunta el día, acuérdate que si nos sorprende el sol en este sitio, no te costará a ti sólo la cabeza, sino a mí también... *(Rafael se aleja.)*

Es la única manera de que abandone a esa mujer que le vuelve loco, antes de que ya sea imposible el salvarle. *(Recostándose en el fondo de la góndola.)* ¡El amor, el amor! Si no existieran los celos, sería un paraíso sin serpiente.

## ESCENA II

LOS MISMOS. RAFAEL entra en la góndola. El día comienza a clarear.

*Jacobo.* ¡Aún no brilla el horizonte del mar con la primera luz, y ya estás de vuelta! Has cumplido tu palabra.

*Rafael.* Me he acordado de ti.

*Jacobo.* Ya lo sabía yo.

*Rafael.* ¿Y qué hacemos ahora?

*Jacobo.* Cálate la capucha...; pon mano al remo, y a volar en dirección de la rada. Pero, ¡calle!, parece que tienes fiebre...; a ver, a ver esa herida...; ¿y dijiste que no era nada, que no la sentías apenas?...

*Rafael.* Ahora me incomoda un poco.

*Jacobo.* ¡Ahora!... Suelta ese remo, échate en el fondo de la góndola y descansa.

*Rafael.* No..., estoy bien así...

*Jacobo.* ¡Que estás bien!...; ¡ah!, vamos..., ya lo comprendo, ves aún el pabelión donde habita...

*Rafael.* ¡La quiero tanto!...

*Jacobo.* ¿Y ella?

*Rafael.* Ella... me ha jurado aguardarme... hasta que pueda volver.

*Jacobo.* ¿Y si no volvieras en algunos años?

*Rafael.* Me aguardaría hasta la muerte. Lo ha prometido.

*Jacobo.* ¿Y lo cumplirá?



*Rafael.* ¿Se puede mentir llorando?

*Jacobo.* Se miente de todas maneras.

*Rafael.* ¿Se puede jurar una cosa por la memoria de un padre, y no hacerla?

*Jacobo.* Se jura en vano hasta en nombre de Dios.

*Rafael.* ¡Bah! Tú no crees en nada.

*Jacobo.* Al revés: yo creo en todo.

### ESCENA III

El sótano de una taberna. JACOBO y algunos otros jóvenes, disfrazados con trajes caprichosos, beben alrededor de una mesa, sobre la que se ve un cuchillo desnudo. En un extremo, un hombre, enmascarado también, bebiendo solo.

*Jacobo.* ¿Somos todos de la hermandad? (*Dirigiendo una mirada de inquietud hacia el enmascarado.*)

*Máscara 1.<sup>a</sup>* Todos... El tabernero no deja pasar a la cueva sino a los que dicen las palabras convenidas, y esas palabras sólo las saben los hermanos.

*Máscara 2.<sup>a</sup>* ¿Y cuál es el objeto de nuestra reunión?

*Jacobo.* Escoger al que ha de dar muerte a un enemigo.

*Máscara 3.<sup>a</sup>* ¿Por qué causa debe morir?

*Jacobo.* Debe morir... porque ha faltado a su palabra, empeñada solemnemente antes de batirse a uno de nuestros hermanos...; porque ha he-

cho perseguir a su madre, que acaso habrá expirado ya en una prisión...; porque va a unirse a una italiana, y es un tudesco.

*Máscara 3.<sup>a</sup>* ¿Y ella?

*Jacobo.* Ella vivirá... porque el único que tiene derecho a su vida no está aquí.

(*El enmascarado se levanta de la mesa donde bebe solo, coge el cuchillo que se ve en la otra y se quita la careta.*)

*Rafael.* Ella morirá.

*Todos.* ¡Rafael!

*Rafael.* Esta noche hay un baile en el palacio Doria: descubriéndose uno de los que la componen, puede penetrar en el salón una comparsa cualquiera... ¿Cuál de vosotros se descubrirá?

*Jacobo.* Pero...

*Rafael.* ¿Cuál de vosotros se descubrirá?

*Jacobo.* Yo.

*Rafael.* ¿No sospecharán de ti?

*Jacobo.* Menos que de ninguno...; pero ¿qué vamos a hacer en el baile de máscaras?

*Rafael.* He sabido que ella asiste y cuál será su traje.

*Jacobo.* ¿Lo has pensado bien?

*Rafael.* Cuando tú dudaste de la verdad de algunos juramentos, yo hice uno..., lo hice sólo con la mente..., y, sin embargo, el tiempo te dirá si lo cumplo... Vamos al palacio Doria.

*Jacobo.* Al palacio Doria.



## ESCENA IV

Una calle en Venecia. BAUTISTA dormita recostado en su góndola, que se balancea, amarrada al muelle. JULIA, cubierta con un manto oscuro.

*Julia.* Bautista.

*Bautista.* Señora...

*Julia.* Tú sabes dónde está Rafael.

*Bautista.* Rafael está en París.

*Julia.* No está; ya le he escrito y no me ha contestado.

*Bautista.* Entonces...

*Julia.* Tú sabes dónde se halla.

*Bautista.* ¿Y por qué he de saberlo?

*Julia.* Tú perteneces a la hermandad de los libertadores de Venecia.

*Bautista.* ¡Yc!

*Julia.* ¡Crees que voy a denunciarte!... Los hermanos saben unos de otros por correspondencias misteriosas; tú puedes hacer que esta carta llegue a manos de Rafael mejor que ningún otro... Ten presente que le importa mucho..., mucho..., acaso la vida... No te ofrezco nada, porque sé que entonces no has de hacerlo. (*Julia desaparece.*)

*Bautista.* (*Después de un momento de pausa, dándole vueltas a la carta entre las manos.*) No hay duda; esa mujer me conoce... ¡Rafael! ¡Rafael! Si he de decir la verdad, lo mismo sé yo que ella en este asunto...; pero..., ¡bah!, ya me lo dirán los hermanos.

## ESCENA V

Un salón en el palacio Doria. JULIA y su madre, sentadas a un lado entre otras damas. RAFAEL, JACOBO y sus compañeros, disfrazados y encubiertos. Parejas de ambos sexos que se disponen a bailar. La orquesta preludia un vals.

*Rafael.* (*Acercándose a Julia.*) Máscara... ¿Quieres bailar conmigo?

*Julia.* (*Sorprendida.*) Esa voz parece...; pero no, es imposible.

*Rafael.* Máscara, el prelude termina; el vals comienza... ¿Cómo debo interpretar tu silencio?

*Julia.* ¡Dios mío! ¿Si será él? Tomad. (*Deja el ramillete y el abanico en la falda de su madre.*) Una sola vuelta; una sola. (*Se alejan bailando y se confunden entre la multitud. La madre se inclina al oído de una de las señoras que tiene a su lado.*)

*La Madre.* Lo que son las muchachas; hoy hubiera dicho cualquiera que iba a morir de sentimiento; tanto ha llorado y gemido antes de decirse aceptar el esposo que se le destina... ¡Ya está bailando!... Si se hubiera de hacer caso de las lágrimas de las chiquillas... (*Rafael y Julia pasan bailando.*)

*Rafael.* ¿Es verdad que te casas?

*Julia.* Es verdad. (*Se alejan hacia el fondo y vuelven a perderse.*)

*La Madre.* Y dijo que una sola vuelta... En tratándose de bailar, todas son lo mismo. Verdad



que yo de sus años tampoco era más juiciosa...; ¿más?... ni tanto... ¡Ay!, ¡si yo hubiera hecho caso de los consejos de mi madre como ella lo hace hoy de los míos! (*Rafael y Julia tornan de nuevo a pasar.*)

*Rafael.* ¿Dices que es imposible?

*Julia.* ¡Imposible! (*Tornan a alejarse.*)

*La Madre.* ¿Otra vuelta? ¡Jesús! ¡Jesús!... Si ha de ser extremosa en todo... Gracias a Dios que aún no ha llegado su prometido...; si no, estoy segura de que tendríamos escena... No; pues ahora, cuando pase, voy a hacerle una seña; tanto bailar puede fatigarla. ¿Lo hará por aturdirse? (*Rafael y Julia aparecen de nuevo y se detienen un instante.*)

*Rafael.* ¿Y no tienes una sola palabra para disculparte?

*Julia.* (*Después de dudar un momento y con voz sorda.*) Ninguna...

*Rafael.* Dios tenga más misericordia de ti que de mí ha tenido. (*Deja caer un pañuelo blanco.*)

*Jacobo.* (*A los otros jóvenes.*) Ha dejado caer el pañuelo..., rodeadlos... (*La comparsa de enmascarados forma un corro alrededor de los amantes, y dando voces y bailando a su compás, se alejan hacia el fondo.*)

*La Madre.* ¡Qué algazara..., qué gritos! Van a aturdira... No; de esta vuelta no pasa sin dejar el baile... (*Se pone de pie.*) ¿Dónde va?... No la veo...; ni cómo la he de ver si esa comparsa de locos ha

formado a su alrededor un círculo impenetrable... ¡Un grito!... Y esa música no callará... nada; cada vez parece que lleva el compás más rápido...; va a marearse... ¡Ah!, ya la veo: ¿no lo dije?, se ha mareado..., no se puede sostener... (*La comparsa vuelve con una algarabía espantosa de voces, gritos extraños y carcajadas que casi ensordecen la música. Rafael, cubierto aún, trae en sus brazos a Julia, al parecer, desmayada.*)

*La Madre.* ¡Aquí, aquí! Dejadla sobre esta otomana... (*Rafael la coloca sentada; vacila un momento antes de apartarse de aquel sitio, de donde lo arranca Jacobo.*) ¡Dios mío, está pálida como un cadáver!... ¡Julia, Julia!... (*Tocándole la frente y las manos.*) ¿Qué es esto? ¡Sangre, sangre! ¡La han asesinado!...

## ESCENA ÚLTIMA

El sótano en la taberna. RAFAEL, inmóvil, sentado en el fondo junto a una mesa. JACOBO, BAUTISTA y algunos otros jóvenes, en primer término.

*Bautista.* Tengo una carta para el hermano Rafael; ¿adónde debo dirigirla?

*Jacobo.* Dásela en su mano.

*Bautista.* ¿Está en Venecia?

*Jacobo.* Miralo allí... ¡Rafael! ¡Rafael!

*Rafael.* (*Como saliendo de un letargo profundo.*) ¿Quién me llama?



*Bautista.* Una carta tengo para ti; me la ha dado una mujer encubierta, y me ha dicho que te importaba mucho su contenido. Toma.

*Rafael.* ¡Es su letral... ¡No ha muerto!... ¿Cuándo te han dado esta carta?

*Bautista.* Esta noche pasada.

*Rafael.* ¿A qué hora?

*Bautista.* A las once.

*Rafael.* (*Rompe precipitadamente la nema y lee.*) «Rafael: tu madre, que todos creen muerta, vive aún; pero vive aherrojada en el fondo de un calabozo... El precio de su vida y su libertad es, no mi amor, porque ese ha sido y será siempre tuyo, sino mi mano.

»Cuando recibas esta carta ya perteneceré a otro hombre.

»Todo lo tengo preparado para huir de él una vez cumplida mi palabra. No te he dicho nada antes, porque no quiero que ni tú ni yo vacilemos un momento en sacrificar nuestra felicidad por la vida de la que padece por nuestra culpa.

»Adiós... Te juré esperarte... Ya que no pueda ser en la tierra, te esperaré en el cielo.

»Adiós, adiós.—*Julia.*»

## RECUERDOS DE UN VIAJE ARTISTICO

---

### LA BASÍLICA DE SANTA LEOCADIA



ENTRE los innumerables edificios que el artista encuentra en la antigua ciudad de Toledo, la basílica de Santa Leocadia es sin duda uno de los más ricos, si no en grandeza y lujo ornamental, en recuerdos y tradiciones.

Erigido sobre el sepulcro de una mártir, durante los primeros siglos de la era cristiana, las diversas razas que han dominado en nuestra Península han escrito al pasar un pensamiento sobre su frente, borrando al mismo tiempo cada una hasta las huellas del que grabó la que le había precedido; por eso hoy, pequeño en sus proporciones y desprovisto hasta cierto punto de importancia en la parte arquitectónica, conserva todavía esa indefinible y misteriosa majestad que el tiempo imprime a los edificios que han desafiado